

## LA INSTITUCIÓN REAL ARAGONESA Y LA PIEDAD DEL PUEBLO EN LA BAJA EDAD MEDIA

No nos sorprende encontrar en el dominio de lo eclesiástico las mismas estructuras y las mismas evoluciones sociológicas que en el mundo de lo temporal nos son bien conocidas. Razón de ello es que el mismo hombre — como tal — pertenece a la comunidad del Estado y a la comunidad de la Iglesia. La personalidad es una unidad y vive y se manifiesta como tal.

En la primera mitad de la Edad Media, la clase conductora la forman los nobles y el rey. Desde la Alta Edad Media se une a ellos el burgués, que adquiere viso en la vida de su ciudad; en la Baja Edad Media se les añade el sencillo hombre del pueblo. Con ello no quiere decirse que los burgueses y aldeanos no hubieran tenido una significación en la caracterización de la piedad personal y general. Su importancia fué más bien extraordinaria. El papel conductor del noble consistía propiamente en ser quien en tal devoción pusiera un acento propio. Veneraba, por ejemplo, no solamente a los santos nobles, sino también a los demás de un modo que correspondía a su concepción nobiliaria del mundo. Los burgueses y aldeanos aceptaron este punto de vista; llegaron a considerarlo como suyo propio y con ello le dieron fuerza y vigencia. Santiago fué y permaneció durante todo el tiempo de la Reconquista como uno de los Apóstoles del Señor, pero por el modo de representárselo, propio de la nobleza guerrera, brota la figura del vencedor de los moros, a caballo sobre el cielo de España, cuadro de inspiración nobiliaria, que el pueblo — en confiada unión con sus nobles — acepta y sigue con entusiasmo. San Jorge, hasta hoy uno de los santos de mayor devoción para el pueblo catalán, entró en la piedad de la Edad media porque, como victorioso luchador contra el dragón, animaba a los caballeros cristianos. Pero el caballero no luchaba para sí y por sí, sino en favor de los otros, y una forma del agradecimiento fué el aceptar

el estilo de sus representaciones religiosas como manifestación de una interna solidaridad con el ideal caballeresco. El caballero no ha introducido en la vida cultural de la Iglesia la veneración a la Santísima Virgen, santos Juan Bautista, Santiago y Jorge, Lucía, Tecla, Águeda, Miguel Arcángel, Martín, Esteban, Lorenzo, Vicente, Pedro, etc., porque estos santos y su devoción tenían toda su significación ya antes de la época caballeresca. Pero el noble quiso educarse para su propio ideal teniendo a la vista el ejemplo de fortaleza y noble impulso del apóstol san Pedro, de los jóvenes fogosos diáconos san Esteban, san Lorenzo, san Vicente, del arcángel san Miguel, la Virgen y todas las mujeres santas. Elegía como patronos, entre los muchos ejemplos de santidad, a aquellos cuyo modelo afectaba a su forma de vida, y de este modo les dió un puesto preferente en la vida de la Iglesia y en la formación de la piedad popular. También san Nicolás hubiera podido decir algo a las aspiraciones del noble, y éste le hubiera podido dar sin duda un trato especial, pero no lo hizo. La burguesía, que entonces empezaba a elevarse, tuvo por este santo (cuyas reliquias de las piernas fueron traídas en 1087 a Bari, en Italia) preferencia particular y lo hizo patrón del comercio y de las difíciles empresas comerciales marítimas.

En este momento — Alta Edad Media — comienza el burgués a imponer su tono, y el mundo social restante — nobles y aldeanos —, cada día más obligados al comerciante por el creciente nivel de las aspiraciones y necesidades de tipo económico, le siguió gustoso en la devoción a su patrono. La unidad de la vida de piedad, por tanto, no se quebró, sino recibió por ello un nuevo impulso vitalizador que unió a todos más ardientemente — el uno entonaba el canto y los otros lo seguían a plena voz. Ocurría algo así como cuando se hace fructífero un campo, empresa en que a la iniciativa del propietario sigue un bien para todos los demás.

Y así, cuando en los últimos tiempos medievales el pueblo llano se desarrolló en una nueva población ciudadana y rural y llegó a ser una fuerza — junto a las antiguas — decisiva en la vida de la Iglesia —, cuando surgieron de él comunidades religiosas que se distinguieron en el cultivo de la caridad, etc.; cuando el pueblo, en peregrinaciones y procesiones, tomó un papel directivo, entonces

llegó también para este pueblo llano la hora de proveer a la vida de piedad con su estilo propio. De tal modo aumentó, con general simpatía de amplios sectores populares, no solamente la devoción a los santos hasta entonces venerados, sino que el pueblo puso en primera línea a aquellos que correspondían a su modo de vida y sentir: la abuela Santa Ana, los santos de los Gremios, por ejemplo san Crispino y Crispiniano, de los zapateros, etc. De nuevo se mostró en este fenómeno una ley sociológica que podría ser formulada como la de los vasos comunicantes: conforme el líquido sube en uno de ellos, sube también en los otros tubos. Y ello es porque la Iglesia es, en su esencia, comunidad; cualquiera que en ella cree nuevas posibilidades que tiendan al bien común, encuentra resonancia, reconocimiento y seguimiento. Por ello conservó el rey — a pesar de la concurrencia de influencias cada vez más fuertes —, en toda la Alta Edad Media, su posición verdaderamente regia en lo que se refiere a la vida de piedad. Tanto, que si en algún caso no se colocaba por sí a la cabeza del impulso, la fuerza espiritual de los otros y la iniciativa le obligaba a ello.

En los *espéculos* de reyes y príncipes, tan corrientes en la Edad Media, tuvo el rey que leer y oír siempre de nuevo que él había de llenar su cometido frente al pueblo y ser modelo incluso en la conducta cristiana de la vida. El pueblo de la Baja Edad Media quiso precisamente tener reyes santos, y tiene pleno sentido la afirmación de que el pueblo mismo educó a sus reyes para la piedad, como el gran rey santo tiene su puesto en la Historia Luis IX de Francia. El pueblo francés necesitaba tal modelo, no sólo para su conciencia religiosa, sino incluso para la nacional, y esta concepción se conservó mucho tiempo. Cuando en el siglo *xiv* atribuyó a sus reyes la facultad de los milagros, creyendo que podían dar vista a los ciegos y hacer andar a los lisiados, esto no significó tanto un gesto cortesano dirigido a la Corona y al país cuanto una permanente indicación hecha al rey para que mediante su piedad se mantuviera tan cerca de Dios, que tal don le fuese concedido en lo posible <sup>1</sup>.

Igualmente, el pueblo español vió la figura real bajo este orden de cosas. El rey Fernando III el Santo ha tenido un influjo sobre

<sup>1</sup> Cf. LUDWIG BUISSON, *König Ludwig IX, der Heilige, und das Recht* (Freiburg i. Br. 1954).

los reyes que le sucedieron y sobre el pueblo. La casa real de Aragón dió a santa Isabel, hija de Jaime II y esposa del rey portugués don Dionís. Un hermano de la madre de santa Isabel fué san Luis, cuyas reliquias fueron traídas después — por la fuerza — a tierra aragonesa por Alfonso el Magnánimo. Pedro, un hijo de Jaime II, tomó el hábito de San Francisco. Los reyes aragoneses fueron, a través de la Baja y Alta Edad Media, amigos especiales e impulsores de aquellas Órdenes que más se distinguieron por su fama de santidad. Fué una de sus más hermosas tradiciones el hecho de haber estado siempre vigilantes por la reforma de los conventos y monasterios de su territorio. Estuvieron unidos, por relación muy personal a san Raimundo de Peñafort y a san Vicente Ferrer. Ciertamente que no olvidaron de representar sus intereses temporales con energía, pero esto no les impidió ser hombres con claro oído para la voz de lo santo y dispuestos a dejarse imprimir por un ideal de santidad.

De las más modernas investigaciones parece salir a luz el hecho de que la institución real, en los ordenamientos jurídicos y en la costumbre de los territorios españoles, estaba más arraigada, y ello por más variados principios, que en los demás países de Europa<sup>2</sup>. Si se buscan los fundamentos de este fenómeno, no basta hacer referencia al hecho geográfico de ser la Península un rincón de Europa, o al hecho de la lucha constante contra el Islam, sino que se debe traer especialmente a consideración, dándole su importancia, la actitud religiosa del pueblo español y la participación — vital y efectiva — de los reyes en la vida de piedad. En tal sentido, no ha sido esta cuestión estudiada con la solicitud y precisión debidas que sin duda merece.

El cuidado de enfermos, ancianos desamparados, la hospitalidad a los peregrinos, todo un modo de pensar caritativo, que sin un exceso de organización nació en suelo religioso y en cuya acción pueblo e institución real se dieron la mano, constituye uno de los puntos culminantes de la cultura y caridad de Occidente. Así como los reyes fueron incansables en la fundación de monasterios y beneficios eclesiásticos, del mismo modo que confiaban sus hijos menores a los claustros y del mismo modo que muchas

<sup>2</sup> PERCY ERNEST SCHRAMM, *Der König von Aragon. Seine Stellung im Staatsrecht (1276-1410)*, en «Historisches Jahrbuch» 74 (1955) 99-123.

reinas viudas hicieron los votos conventuales, así ocurrió en Valencia, en la Baja Edad Media, que el rey don Martín fundó en la catedral un canonicato para sí y sus sucesores, de igual modo que desde hacía siglos cada rey de Cataluña era canónigo de la catedral de Barcelona<sup>3</sup>.

Así entendieron los reyes, o en todo caso los más de ellos, y cada uno a su manera, permaneciendo en contacto con el progreso religioso del tiempo, la introducción de nuevos puntos de vista en la vida religiosa de la casa real.

El rey don Martín, que atribuía gran valor al hecho de ser canónigo de Valencia y dejarlo en herencia a sus sucesores, no hizo con ello sino aplicarse lo que él veía y vivía en la vida diaria del pueblo. Fué un tiempo de florecimiento de las Hermandades, que existían ya en cada ciudad o fueron fundadas: Hermandades para todas las clases y estados, clérigos y seglares, para todos los artesanos y oficios. Para el rey era algo como el pan nuestro de cada día el confirmar los estatutos de los Gremios, mejorar los ya confirmados y mantener en su situación y vigor los ya mejorados. Los estatutos tenían, sin excepción, entraña religiosa, aun cuando en las exterioridades las instituciones estuvieran dispuestas para las necesidades más reales de los respectivos sectores de vida.

La chispa que prendía saltaba de una Hermandad a la otra y alcanzaba al mismo rey, y éste, «el Hermano», tenía la excelente condición de hacer que tales relámpagos iluminasen. Y así, dando un paso, ya casi desacostumbrado en su tiempo, tomó su asiento en el coro catedralicio de Valencia.

¿Quién ha oído nunca contar de un rey que en el anuncio y comunicación del año jubilar, en el siglo XIV, excitara a sus obispos a preparar adecuadamente a sus diocesanos para el lucro de indulgencias y conseguir así participación en el elemento esencial del jubileo? Éste fué el caso que se dió en Aragón. El rey de Castilla, temiendo la falta de hombres y dinero en la lucha contra los moros, prohibió la peregrinación a los sepulcros de los apóstoles Pedro y Pablo. Pedro IV de Aragón, por el contrario, se dirigió, el 6 de enero de 1350, apenas comenzado el Año Santo, al arzobispo

<sup>3</sup> Cf. JOHANNES VINCKE, *Die «Vita communis» des Klerus und das spanische Königtum im Mittelalter*, en «Spanische Forschungen der Görresgesellschaft» Erste Reihe 6 (1937) 51 ss.



de Zaragoza y a los obispos de Tarazona, Huesca, Segorbe, Valencia, Tortosa, Barcelona, Vich, Urgel, Gerona, Elna y Mallorca, pidiendo, «con profundo impulso y pensando en la salvación del alma», que instruyesen, continua y sólidamente, sobre las condiciones de la indulgencia, a aquellos que en el campo y la ciudad se preparaban para la peregrinación»<sup>4</sup>. Pedro el Ceremonioso tenía entonces bastantes razones de preocupación por otros motivos. Pero la chispa que en su pueblo prendió saltó hasta él y tuvo el valor de hacerla arder.

¿Sería necesario traer aquí noticias más concretas? Estos reyes (también los del Renacimiento) tenían firmes los pies en las corrientes religiosas de su tiempo. Dando y recibiendo hicieron patente el modo con que el corazón y la conciencia religiosa del pueblo y del clero latía. Lo que ellos, en el modo de la organización estatal, hicieron fué a veces osado y peligroso, incluso abierto a contradictorias consecuencias. Pero lo que tomaron de la fuente limpia de la piedad de su pueblo y lo que a tal pueblo dieron y el modo como los dos corazones se unieron en un solo latido, ayudó positivamente a superar muchos momentos críticos de su gobierno y dió a su fama póstuma un tono de reconciliación, incluso en aquellas cuestiones en que las más duras contraposiciones hubiesen dejado sonar un tono discordante.

JOHANNES VINCKE

<sup>4</sup> JOHANNES VINCKE, *Zum Jubileumsablass des Jahres 1350*, en «*Römische Quartalschrift*» 49 (1954) 251-55.